

Crónicas sin etiqueta



MADRID CITY BLUES



● "Sam Spade se emborracha en una pensión de la calle Montera"

ASFALTO, luces de neón, soledad. El cuello de una gabardina subido, bajo la lluvia. El asfalto mojado devuelve, rojo, amarillo y verde, las heladas luces de la ciudad hostil. Un «gimlet» y un

cigarrillo. Hammet, Chandler, Le Carre, observan la noche al otro lado del cristal del escaparate. Bogart está en un bar de Malasaña, preguntándose por qué, de todos los lugares del mundo, ella tuvo que escoger éste. Philip Marlowe, con la nariz sangrando, se cura la ceja partida en un infecto lavabo de Chamberí, mientras Sam Spade se emborracha en una pensión de la calle Montera, maldiciendo a la pelirroja del trasero redondo por no haber puesto más hielo en la nevera.

EL honorable colegial juega al mus con Alec Leamas, Pepe Carvalho y Germán Areta en una casa de alquiler de San Blas, mientras George Smiley, limpiándose los lentes con el extremo de la corbata, busca topos por la Castellana. Un navajero aguarda, apalancado en cualquier esquina de Tetuán, mientras silba «El tiempo pasará» para matar el tiempo. Sam toca el piano en un sótano de Fuencarral y Pepe le Moco, que

por fin salió de la «Kasbah», compra novelas de serie negra en un quiosco de Cuatro Caminos.

LA ciudad asfixia, aplasta. El ciudadano-hormiga ficha a las nueve de la mañana y sabe que no hay escape, no hay salida. En este mundo asfijante y mediocre, eterno decorado de la película de pobre y monótono argumento, de pésimos actores, de la novela barata cuya tinta mancha demasiado las yemas de los dedos, sólo la aventura, la pequeña e individual epopeya de los hombres duros y solitarios, permite sentirse un poco al margen. Hace soñar. Por cincuenta duros es posible comprar un par de horas, un par de días de hermosa y fuerte soledad asumida, de virilidad, de violencia, de ternura, de amarga ironía.

ESE es el inmenso atractivo de los míticos solitarios, de los eternos perdedores que lo saben de antemano. El hombre que cada mañana viaja en el Metro con

la mirada perdida ha aprendido a identificarse con todos esos grandes héroes perseguidos y vapuleados, intérpretes de personajes inventados por ellos mismos que, su vez, surgieron de un tipo que se sentó frente a la máquina de escribir, tecleó con rabia su borrachera de alcohol y tabaco, su propia soledad, su propia frustración. El hombre que vive a horas fijas, que trabaja a horas fijas, que duerme a horas fijas, que hace el amor a horas fijas, el hombre agobiado por sus jefes, por las letras, por la opresiva ciudad que lo devora, cree descubrir en esos marginados solitarios y acosados a seres de su misma raza, con la diferencia de que ellos, los de papel o celuloide, pueden matar a quien odian y, a veces, amar a quien aman. Como prisioneros, los hombres encadenados a lo miran, la nariz aplastada contra los barrotes, los afanes, las turbulencias y la retorcida y amarga lucha de esos antihéroes de ficción en la que, maldita sea, desearían reconocerse.

16-XII-81

HACE CIENTO AÑOS



Leído en «La Nueva Prensa»: «Los periódicos de Barcelona hablan de agitación carlista en el Vallés, y de una reunión de cabecillas en las inmediaciones de Lorenzo Sabell. El resultado de ciertas propagandas no deja de producir efecto, y la excomunión lanzada por el joven obispo de Santander pudiera ser leña que se arroja al fuego.» Para que luego se ande con contemplaciones el señor Alonso Martínez»

HACE CINCUENTA AÑOS



«La Voz» da en primera página la lista del nuevo Gobierno. Presidencia y Guerra: Aznar. Hacienda: Carner. Obras Públicas: Prieto. Instrucción Pública: De los Ríos. Marina: Girál. Gobernación: Casares. Trabajo: Largo Caballero. Agricultura, Industria y Comercio: Domingo. Justicia: Albornoz. Estado: Zulueta. Comunicaciones, pendiente de una consulta. (El señor Casares Quiroga desmpeñará internamente esta cartera.) El mismo periódico dice en un artículo de fondo: «En realidad, la solución de la crisis es menos mala de lo que parece a primera vista, sobre todo si queda completamente puesto en claro que el señor Carner, como ministro de Hacienda, no interviendrá para nada en la parte económica del Estatuto Catalán, y que la redacción de éste será encomendada a una ponencia de técnicos. Y decimos que es menos mala de lo que parece a primera vista porque deja en reserva unas fuerzas políticas genuinamente republicanas, que cuando llegue el momento—que llegará, como es lógico—podrán actuar con eficacia.»

(Memorialista: Julio TRENAS.)

UN CENTENARIO DEL DESENGAÑO

Por Arturo USLAR PIETRI



Ha pasado con mucho silencio el tercer centenario de la muerte de Calderón. Se ha repetido lo que hace poco, en igual circunstancia, ocurrió con Quevedo. Hay desidia y falta de verdadero interés en nuestro mundo hispánico para recordar y valorar a los grandes héroes culturales de nuestro pasado. Si Calderón fuera un clásico inglés o francés se le representaría continuamente en teatros subvencionados de Londres o de París. En el ámbito de lo hispánico no se pasará de algún recuerdo escrito o de alguna desabrida ceremonia académica.

Y, sin embargo, Calderón es una de las mayores figuras del teatro universal, y ha dejado algunas obras que están entre la docena de las más significativas y duraderas de toda la literatura universal.

Calderón es la gran figura misteriosa y oscura que cierra el ciclo deslumbrante de eso que los manuales llaman el Siglo de Oro de las letras españolas. El variado y fecundo tiempo que va del Lazarillo, pasando por Lope, Cervantes y Quevedo, a rematar en Góngora y Calderón. Resulta prodigiosa aquella proliferación de talento creador, en la que un gran pueblo pareció agotar todo lo que tenía que decir.

Es también el breve lapso en que España alcanza su apogeo de poder y prestigio internacional y comienza el violento descenso de su decadencia. El tiempo que va de la abdicación del emperador Carlos a los tres Felipes, para rematar en aquella negación viviente del poder y de la majestad que fue el lamentable Carlos II.

Toda la literatura española de esa época es el testimonio indudable de esa increíble vuelta de la fortuna. De la sensación de tenerlo todo y poderlo todo a la de la impotencia y la desesperanza. No se podía entender lo que pasaba. Nada parecía haber cambiado en lo externo y aparente y, sin embargo, todo era distinto. Se perdían batallas y negociaciones diplomáticas. Se abandonaban dominios, crecía la pobreza, el dinero se evaporaba, había hambre en el pueblo y en los hidalgos, proliferaban los pícaros. Es tiempo para los sarcasmos terribles de Quevedo: «Grande eres Filipo, a manera de hoyo, mientras más tierra te quitan más grande eres.»

Es acaso por eso mismo la hora del barroco, la de la decoración sin sentido, la columna retorcida, los milagros convertidos en pintura de palacios y del juego con las pa-

● "De Segismundos está llena la Historia de lo que no está llena es de Calderones"

labras que dicen todo y parecen no decir nada. La realidad se hace inalcanzable e inexpressable. Es lo que ya había planteado Cervantes en el «Quijote». Hay una realidad de Don Quijote y una de Sancho, y otra de los duques y otra de los arrieros, y la no menos diferente de los galeotes. Entre todas ellas, ¿dónde está España? Es lo que todavía dos siglos más tarde se va a preguntar Larra. Esa literatura del delirio de las apariencias y de la proclamación del desengaño, que expresa Quevedo con tanta maestría, es la que va a llevar a su final Calderón.

Hay una hora en la que, con el recuerdo del tiempo de caballero en guerra, evoca con fuerza incontestable las virtudes del pueblo. Pedro Crespo. «El alcalde de Zalamea» resulta más hombre auténtico y respetable que los capitanes y generales nobles con los que se encuentra, y hasta que

el mismo rey Felipe II. En otra España que estaba en cuadro sin voz y a la que Calderón le da el más resonante eco.

La culminación de ese solo loquillo desesperado frente a fuga inapreciable de la realidad la da en «La vida es sueño». Es la fábula ejemplar de hombre y de la realidad. Llegaba a saber Segismundo cuando sueña y cuando despierta, cuándo imagina cuándo vive, y hasta cuándo la vida entera no es sino un juego engañoso de imitaciones y deformaciones reales, hasta afirmar «toda vida es sueño, y los sueños, sueños son». Teatro del mundo, vida como sueño, engaño y desengaño: está allí la esencia no sólo de una época, España sino también una aplicación válida de buena parte de la condición humana. De Segismundos está llena la Historia. De 1 que no está llena es de Calderones.